

**RUEDAS DE FORTUNA**  
**UNA AVENTURA EN BICICLETA**

**H.G. WELLS**

Traducción y prólogo: Lía Peinador

**MEN**  
**GUAN**  
**TES**

Ruedas de fortuna  
Una aventura en bicicleta

*The Wheels of Chance:*  
*A Bicycling Idyll*

H. G. WELLS

Primera edición:  
julio, 2018

© Traducción y prólogo:  
Lía Peinador

Diseño de colección,  
maquetación y cubiertas:  
José Luis González Macías

© Ediciones Menguantes  
Todos los derechos reservados  
**[www.menguantes.com](http://www.menguantes.com)**

Impresión: Gráficas Apel

ISBN: 978-84-948534-1-8

Depósito legal: LE-124-2018

Impreso en España  
(Printed in Spain)  
Todos los derechos reservados  
Prohibida la reproducción  
total o parcial

## Índice

Prólogo: El viaje .....	11
-------------------------	----

### **Ruedas de fortuna. Una aventura en bicicleta**

Mapa .....	26
El personaje principal de la historia .....	29
El viaje en bicicleta de Hoopdriver .....	40
Episodio desconcertante con la joven del traje gris.....	48
De camino a Ripley.....	57
Apariciones extrañas.....	69
Las fantasías del corazón de Hoopdriver.....	75
Omisiones .....	80
Los sueños de Hoopdriver .....	82
Hoopdriver marcha a Haslemere .....	86
Hoopdriver alcanza Midhurst .....	92
Una pausa.....	96
De lo artificial en el hombre y el <i>zeitgeist</i> .....	101
Encuentro en Midhurst .....	104
La persecución.....	115
En Bognor.....	121



Paseo bajo la luz de la luna .....	135
Una pausa en Surbiton.....	143
El despertar de Hoopdriver.....	150
Salida de Chichester.....	154
La inesperada anécdota del león .....	163
Operación de rescate.....	170
Hoopdriver, caballero andante.....	188
La humillación de Hoopdriver.....	204
New Forest .....	223
En el hotel Rufus Stone .....	234
La despedida .....	245
Conclusión .....	248



## Prólogo: El viaje

*«Cada vez que veo a un adulto encima de una bicicleta, recupero la esperanza en el futuro de la especie humana».*

H. G. Wells

Son cerca de las dos de la tarde, es lunes, y comenzamos a pedalear desde Putney Bridge. Dejamos a nuestras espaldas el río Támesis y avanzamos por la estrecha pendiente de Putney Hill. Con un par de alforjas, varios mapas de carretera y la certeza de estar llevando a cabo una pequeña locura, nos disponemos a seguir las rodadas de H. G. Wells.

Este es nuestro punto de partida, pero el viaje se inicia mucho antes, con las páginas de *Biciosos*, un libro escrito por Pedro Bravo (Debate, 2014) y gracias al cual descubrimos la existencia de una novela en la que Wells narra un viaje en bicicleta por el sur de Inglaterra en 1895. El hallazgo despierta nuestra curiosidad por varios motivos: admiramos las obras de ciencia ficción del escritor inglés, somos defensores y activistas de la movilidad ciclista y, qué demonios, nos encanta viajar en bicicleta.

Enseguida nos hacemos con dos ejemplares del libro, uno en su idioma original (*Wheels of Chance: A Bicycling*

*Idyll*) y otro traducido a un ya añejo castellano por J. Meca Tudela (*Ruedas de Fortuna*, Toribio Taberner Editor, 1935). Aunque en su lectura no reconocemos al Wells que más nos gusta, ese que imagina mundos distópicos e imposibles, nos sorprenden otras cuestiones muy interesantes. Por otra parte, la narración del viaje que realiza Hoopdriver, el personaje principal de esta historia, desde Londres hasta la costa sur de Inglaterra, es tan precisa, inspiradora y atractiva que pronto dos ideas se hacen un hueco en nuestras cabezas. ¿Y si realizáramos ese viaje en bicicleta? ¿Y si rescatáramos y publicáramos de nuevo esta novela?

Y aquí nos encontramos, empeñados en llevar a cabo al menos la primera parte de este reto, dejando atrás el suroeste de Londres, montados en dos bicicletas de alquiler con dirección a Portsmouth, y manejando nuestras respectivas máquinas con algo más de pericia que Hoopdriver en los primeros días de su aventura.

Llevamos con nosotros dos mapas: uno histórico y otro actual. Gracias a Brian Quinn de *Cassini maps*, tenemos una reproducción de la cartografía de la época. El mapa actual, de escala idéntica, procede de *Ordnance Survey* y es el que nos sirve para orientarnos. Antes de partir hemos hablado con Sam Jones, coordinador de *Cycling UK*, ya que realizó con su pareja una ruta parecida el año anterior. Al igual que nosotros, decidieron prescindir de un GPS para poder disfrutar de una «experiencia victoriana».

Alcanzamos la cresta de Putney Hill y realizamos una parada técnica en el Green Man, un *pub* donde damos cuenta de dos deliciosas raciones de *fish and chips*. Las paredes están cuidadosamente decoradas con fotos antiguas del barrio. En una de ellas vemos un Putney Bridge sin coches.



No podemos evitar realizar un *flashback* mental. Si una mujer se hubiera presentado en ese *pub* a finales del siglo XIX con un atuendo ciclista y acompañada de un hombre, habría despertado suspicacias y su entereza moral hubiera sido puesta en entredicho. No era común en aquella época ver a una mujer en bicicleta, y menos aún vestida de forma «poco femenina»; solo las más atrevidas disfrutaban de este nuevo *hobby* victoriano. Pero ¿cómo vivieron los hombres y las mujeres de entonces la irrupción de este nuevo vehículo?

En la década de 1880, la bicicleta se convirtió para los burgueses en una forma más de entretenimiento; para los menos pudientes, en un objeto asequible con el que poder desplazarse. El auge y expansión de la bicicleta se erigió como un poderoso elemento no solo de movilidad geográfica, sino también social. Poseer una bicicleta en una zona rural amplió el número de posibles parejas matrimoniales; por primera vez era más fácil viajar.

Pero sin duda alguna, el cambio social más notable lo experimentaron las mujeres, ya que lograron escapar de la vigilancia paterna y explorar su entorno sin necesidad de ser acompañadas. Con la llegada de la bicicleta las mujeres cambiaron de vestimenta: abandonaron las largas y pesadas faldas y los corsés por pantalones bombachos y otras prendas más ligeras. No solo se trataba de un cambio de estética sino de una lucha por la igualdad; la bicicleta se convirtió en aliada del feminismo.

Los hombres de aquella época, así como algunas mujeres de corte más tradicional, desconfiaron de la independencia que reclamaba este movimiento feminista, considerando que amenazaba la moral de la sociedad cristiana. Incluso desde el sector médico se llegó a utilizar una enfermedad ficticia para evitar que las mujeres montaran

en bicicleta: «La postura sobre la bici, el esfuerzo inconsciente para mantener el equilibrio y el esfuerzo físico excesivo tienden a producir *cara de bicicleta*», relataba el *Literary Digest* en 1895.

Pagamos la cuenta y retomamos el camino hacia el parque de Richmond. Pasamos por Kingston, donde tuvieron lugar las desavenencias entre Hoopdriver y un guardabosques. Después alcanzamos Surbiton y Escher. Poco a poco la zona urbana de Londres desaparece y los barrios de la periferia dejan paso a la campiña inglesa. Sobre este terreno constatamos algo que ya sabíamos: es imposible seguir el recorrido que realizó Hoopdriver. Donde antes había un camino apenas transitado, en el que cruzarse con un ciclista o un carro era motivo de celebración, existe ahora una autopista de seis carriles abarrotada de ruidosos automóviles.

Pensando en las contradicciones del progreso y con un ápice de tristeza sorteamos la autopista y replanteamos la ruta para pasar por Cobham y Ripley: en algún lugar entre estas dos pequeñas ciudades se produce el inesperado encuentro de Hoopdriver con la joven del traje gris. Ese encuentro casual es utilizado por Wells de forma sutil para plantear cuestiones socio-económicas y de género.

Llegamos a Guildford a las siete y media de la tarde. A sabiendas de que nuestra exploración será infructuosa, buscamos ingenuos la posada Yellow Hammer donde hizo noche Hoopdriver. Callejamos por el casco histórico de esta bella ciudad y finalmente nos vamos a descansar.

A la mañana siguiente llueve con fuerza. Esto es Inglaterra y estamos en mayo. Retrasamos la hora de salida todo lo posible, pero la lluvia es inclemente. Finalmente nos armamos de valor, nos ajustamos los chubasqueros y comenzamos a pedalear en dirección a Chichester por una

carretera totalmente encharcada. La lluvia es incómoda pero más incómoda aún es la presión de un intenso tráfico de coches y camiones. Es una carretera de doble sentido y los conductores no hacen gala de excesiva cortesía al adelantarnos.

En Godalming hacemos una breve pausa y nos zampamos un pastel de la panadería situada en el 28 Hight Street. No muy lejos de este lugar Hoopdriver estuvo disfrutando de una refrescante sidra bajo un sol estupendo. Definitivamente, en lo que a cuestiones climatológicas se refiere, él tuvo más suerte que nosotros.

En las inmediaciones de Milford decidimos que ya hemos tenido bastante compañía de vehículos motorizados; hacemos un pequeño desvío sobre la ruta y nos adentramos en Witley Common, una reserva forestal bastante bonita y cuidada. El lugar es tranquilo pero nos cuesta avanzar: el terreno está embarrado y nos perdemos con más asiduidad de la deseada. Llegamos a Haslemere empapados, fríos y con pocas ganas de pedalear. Es bastante tarde, así que después de reconciliarnos con el mundo y comer una deliciosa *pizza*, decidimos tomar un tren hasta Chichester.

En estos días se vive un debate intenso en Inglaterra. Dentro de unas semanas se celebrará el referéndum en el que se decidirá la permanencia o salida del Reino Unido de la Unión Europea. A medida que nuestro viaje avanza nos damos cuenta de que la postura a favor del *brexit* es más popular de lo que nos habíamos imaginado y de que las zonas rurales inglesas son profundamente conservadoras.

Hacemos noche en Chichester. Después de cenar en uno de los pocos sitios que encontramos abiertos, damos un paseo hasta la catedral, lugar en el que Hoopdriver pierde el rastro de la joven del traje gris.

A la mañana siguiente nos ponemos en marcha rumbo al sur. Recorremos el canal de Chichester, navegable y de unos siete kilómetros de longitud. La lluvia todavía nos acompaña pero remite poco a poco y nos abandona justo antes de llegar al mar.

Paseamos por Bognor Regis, junto a una playa de piedras, con un mar melancólico al fondo y una brisa agradable en nuestras mejillas. La web de turismo de Bognor lo pinta algo mejor y describe este destino vacacional como «*Sun, fun, sea and sand*», es decir, «Sol, diversión, mar y arena». Hacemos una parada en el acogedor Aldwick Café. Allí nos pedimos unos *scrambled eggs* y un café. El local está animado; varias de las personas que están ahí son clientes asiduos. A unos cien metros, en esta misma calle, se encontraba el hotel Vicuna (cuyo verdadero nombre era hotel Victoria, hoy ya demolido). Desde este lugar, guiados por la luz de la luna, Hoopdriver y la joven del traje gris comienzan juntos su aventura en bicicleta. Con el mismo itinerario que ellos, pero a plena luz del día, marchamos en dirección a Chichester Harbour.

La marisma que se extiende hasta Havant tiene un paisaje peculiar y misterioso. Esta zona protegida es un estuario de agua salada salpicado de numerosos puertos utilizados por pequeñas embarcaciones. Desde allí seguimos la Ruta 2, una vía ciclista que recorre el sur de Inglaterra. Hacemos una parada en Emsworth para comer un bocadillo en el agradable jardín de la iglesia de St. James. Casi hemos llegado a nuestro destino.

La entrada a Portsmouth por Southsea es menos complicada de lo que pensamos. Paralelo a la autopista se encuentra un carril bici que nos dirige sin dificultad hacia el final de nuestro trayecto. Nos cruzamos con varios ciclistas que probablemente realizan este recorrido para volver

a casa; son los *bike commuters*. A partir de aquí dejamos que Hoopdriver continúe su aventura junto a la joven del traje gris. Es hora de descansar y de prepararnos para el regreso.

Después de hacer este recorrido podemos afirmar que Wells conocía bien todos estos caminos. En una de las cartas que escribe a su amiga Elizabeth Healey en 1888 narra cómo ha disfrutado de una soleada semana en bicicleta por Guildford y Bognor, entre otros lugares. Estamos seguros de que esa escapada inspiró esta historia.



Nacido en el sureste de Londres en el seno de una familia humilde, Wells estudió con una beca en la Normal School of Science de Londres y trabajó como aprendiz en una tienda de telas. También fue tutor y periodista. A partir de 1895 se dedicó plenamente a la escritura y serían sus novelas de ciencia ficción las que le darían fama. En ellas encontramos esbozos de un futuro en el que la tecnología y las guerras condicionan la vida del ser humano.

La capacidad de Wells para imaginar otros mundos es apabullante; encontramos prueba de ello en *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible*, *La guerra de los mundos* y otras obras que han sido llevadas a la gran pantalla (e incluso a la radio, con un convincente Orson Wells, en el caso de esta última). También realiza labores divulgativas con *La ciencia de la vida*, o *Ana Verónica*, novela en la que introduce el tema de la liberación de la mujer. En *Anticipaciones*, Wells vaticina el nacimiento de los suburbios, la

moderna estratificación social y la globalización, entre otras cosas. ¿Habría previsto que, un mes después de nuestro viaje, el Reino Unido abandonaría la Unión Europea?

Wells deja patente su interés por la locomoción y por la bicicleta en particular. En sus primeros ensayos habla de las limitaciones que conlleva viajar en tren y de lo peligroso que es montar en bicicleta en Londres debido a la congestión del tráfico, e incluso reflexiona sobre el uso militar de brigadas ciclistas. Personajes que montan en bicicleta son comunes especialmente en sus primeras novelas. Wells da pinceladas de la época dorada de la bicicleta: por fin comienzan a fabricarse modelos de calidad y con precios asequibles. Él mismo llega a adquirir un tándem para pedalear junto a su esposa Jane, convirtiéndose en una de las primeras parejas literarias ciclistas.

El papel de la bicicleta en *Ruedas de fortuna* no es meramente decorativo o circunstancial. Wells nos hace disfrutar con una historia aparentemente ligera pero consigue criticar una sociedad de rígidas estructuras sociales donde la bicicleta funciona como un elemento reconciliador.



Hemos pedaleado durante tres días desde Londres hasta la costa sur de Inglaterra. Ha sido un viaje muy breve, pero nos ha servido para adentrarnos en el mundo de Hoopdriver y sus peripecias, para acercarnos a *Ruedas de Fortuna* de una manera más vívida. Y como siempre que se viaja en bicicleta, la experiencia es intensa: se sufre y se disfruta de forma muy nítida.

Ya han pasado varios meses desde que nos despedimos de Hoopdriver y finalmente hemos cumplido el segundo reto que nos proponíamos: publicar esta historia. Cerramos el círculo con este libro que tiene ahora en sus manos. Esperamos que disfrute de este recorrido tan intensamente como si lo hubiera pedaleado.



Putney Bridge



Putney Bridge, 1910



*Fish and chips en el pub Green Man*



Putney Heath





Parque de Richmond



Kingston upon Thames



Hacia Cobham



Ripley Road, actualmente la autopista A3



Guildford



De camino a Haslemere



Witley and Milford Commons



Hacia Bognor



Chichester



Bosham



Bognor Regis, paseo marítimo



Entrada a Portsmouth



Ruedas de fortuna

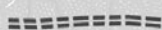
Una aventura en bicicleta

# MAPA DEL VIAJE

RUEDAS DE FORTUNA. UNA AVENTURA EN BICICLETA



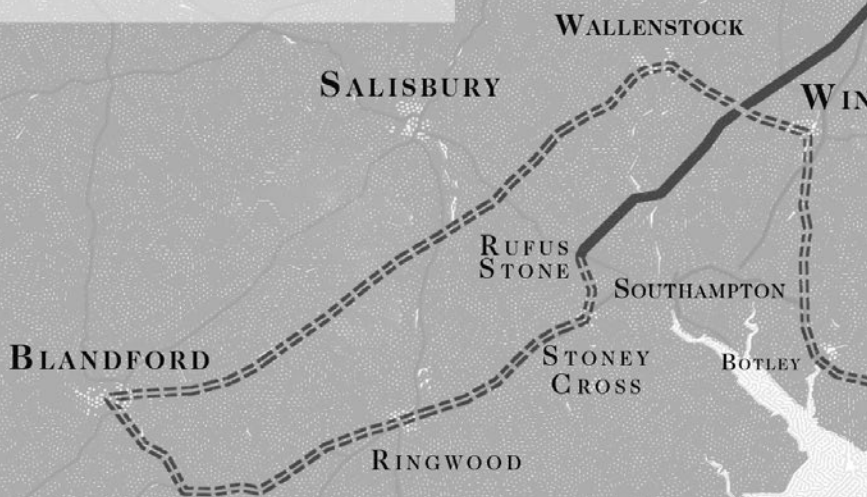
Primera parte del viaje:  
Hoopdriver



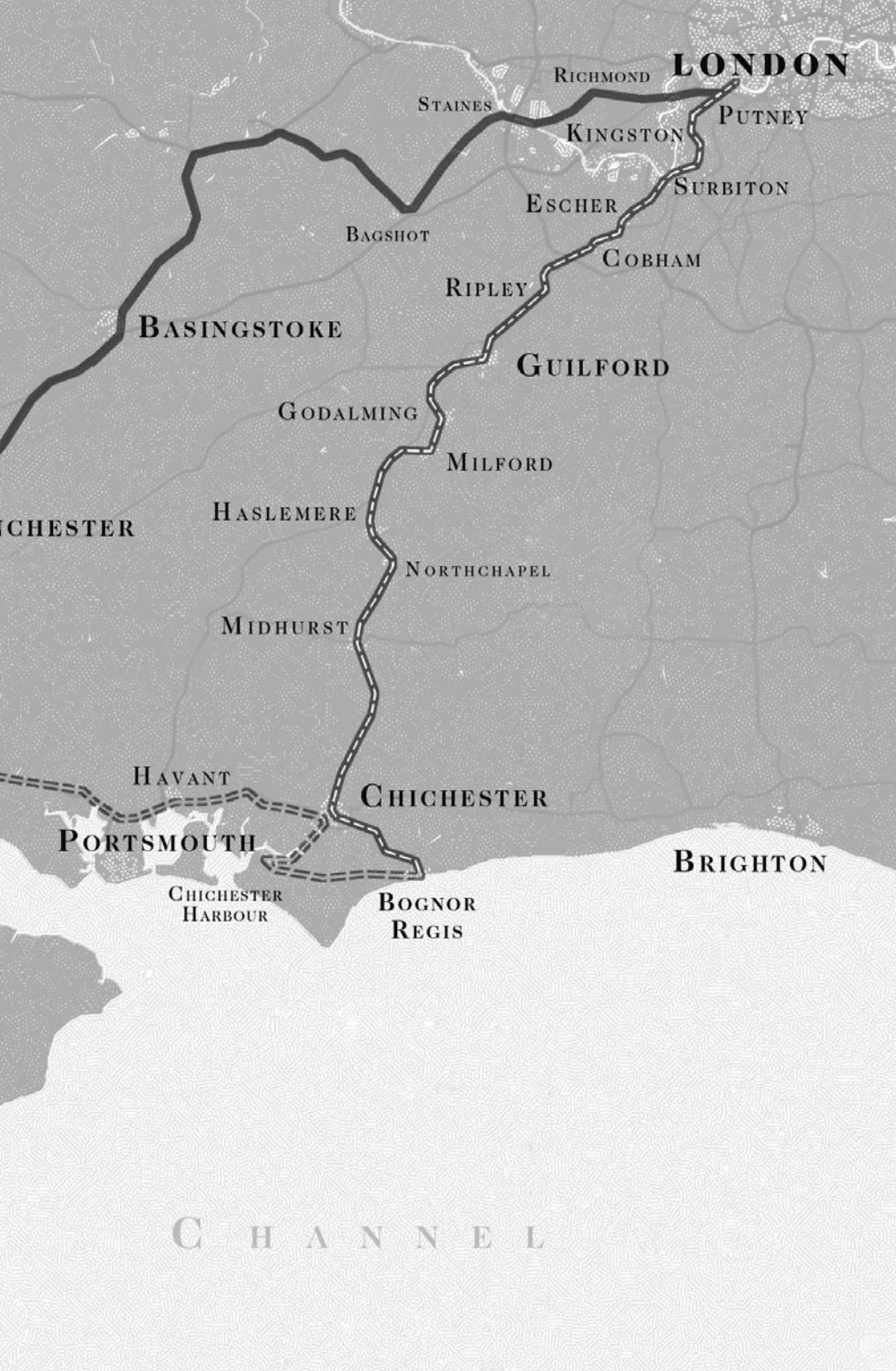
Segunda parte del viaje:  
Hoopdriver y Jessie



Recorrido de vuelta



E N G L I S H



**LONDON**

RICHMOND

STAINES

KINGSTON

PUTNEY

ESCHER

SURBITON

BAGSHOT

COBHAM

RIPLEY

**BASINGSTOKE**

**GUILFORD**

GODALMING

MILFORD

CHESTER

HASLEMERE

NORTHCHAPEL

MIDHURST

HAVANT

**PORTSMOUTH**

**CHICHESTER**

**BRIGHTON**

CHICHESTER  
HARBOUR

**BOGNOR  
REGIS**

C H A N N E L





# I

## El personaje principal de la historia

Si usted, suponiendo que tenga por gusto hacer tales cosas, hubiese entrado en la tienda de telas Emporium de Putney, realmente magnífica como tienda, perteneciente a la compañía Antrobus, un 14 de agosto de 1895 y hubiera avanzado hacia su derecha, donde se encuentran apiladas unas mantas y telas blancas de hilo junto a una barandilla de la que cuelgan telas estampadas rosas y azules, probablemente habría salido a su encuentro el protagonista de esta historia que comienza ahora.

Este hombre se habría acercado a usted con reverencias e inclinaciones de cabeza, habría extendido sobre el mostrador sus enormes puños de camisa así como sus grandes manos de grandes nudillos y le habría preguntado, sin la más mínima señal de alegría, adelantando un puntiagudo mentón, «¿En qué puedo ayudarle?». Si hubiese preguntado por sombreros, ropa de niño, guantes, sedas, encajes o cortinas, nuestro hombre habría inclinado cortésmente la cabeza y, dando una vuelta casi en redondo, le habría dicho «Pase por ahí», con la intención de deshacerse de usted. Pero en otras circunstancias más felices, es decir, relativas a toallas, mantas, cotonía, cretona, ropa de cama, percal, etcétera, le habría ofrecido un asiento con una hospitalaria inclinación de cabeza y habría alcanzado una silla de

la parte trasera con un movimiento espasmódico para, seguidamente, desdoblar y presentar los artículos ante usted. Bajo estas circunstancias, si tiene usted predisposición para la observación y no carece de humanidad, es posible que el personaje central de esta historia hubiera despertado su interés.

Si hubiese notado algo extraño acerca de este joven, sería precisamente lo poco que llamaba la atención. Nuestro hombre llevaría un chaqué negro de mañana, corbata negra y un pantalón gris con varias manchas que se fundirían en sombras y misterios bajo el mostrador. Sería de rostro pálido, ojos grises, cabello rubio oscuro y, bajo su puntiaguda e indefinible nariz, apreciaríamos un escaso y tímido bigote. Sus atributos serían todos ellos pequeños, pero no mal formados. En la solapa del chaqué llevaría una ruleta llena de alfileres.

Sus comentarios serían por descontado lo que definiríamos como clichés, es decir, fórmulas que no vienen al caso, pero forjadas hace mucho tiempo y aprendidas de memoria. «Esto se vende mucho, ¿sabe?», diría. «Tenemos un buen artículo a este precio. Por supuesto, podría enseñarle algo mejor. No es ninguna molestia, se lo aseguro». Tales serían sus sencillos intercambios de mostrador. Así, puedo afirmar, se presentaría ante un análisis superficial como el suyo. Brincaría tras el mostrador y después de guardar los artículos mostrados con tanto esmero, colocaría a un lado los elegidos. Seguidamente sacaría un pequeño libro de facturas y, con una hoja azul de papel carbón, realizaría una anotación con mano ágil y letra florida propia de un comerciante de telas. Después gritaría «¡Firma!». Entonces aparecería el encargado, bajito y rechoncho, que miraría la factura intensamente durante un segundo (mostrando entretanto su peinado de raya en medio), escribiría con más florituras aún

las iniciales J. M., preguntaría si deseaba algo más y, suponiendo que pagase al contado, permanecería a su lado hasta que la figura principal de esta historia apareciera de nuevo con el cambio. Si hubiera dirigido una última mirada al encargado, este habría caminado con usted hasta la salida deshaciéndose en reverencias, cumplidos y cortesías. Y así habría terminado la entrevista.

Pero la verdadera literatura, la que se distingue de la anécdota, no es la que narra apariencias superficiales. La literatura es revelación. Es más, la literatura moderna es revelación indecorosa. El deber del autor serio es relatar lo que usted no ha visto, aun a costa de ocasionar algún rubor que otro, y lo que usted no vio en este joven, y el asunto más interesante por el momento de esta historia, lo que debe ser mencionado si este libro llega a escribirse, afrontemos con valor el asunto, es el singular estado de sus piernas.

Abordemos el tema con desapasionada franqueza. Adoptemos un espíritu científico y el duro, casi catedrático, tono del realista consciente. Consideremos las piernas de este joven como un simple diagrama e indiquemos los puntos de interés con la precisión imposable del puntero de un profesor. Y así, continuemos con nuestra revelación. En la parte interna del tobillo derecho de este joven, habrían observado, señoras y señores, una contusión y un arañazo; en la parte interna del tobillo izquierdo, otra contusión; en su parte externa, una gran magulladura amarillenta. En la espinilla izquierda veríamos dos magulladuras, una de ellas de tonos amarillentos con zonas gradualmente moradas, y otra, a simple vista de fecha más reciente, con manchas rojas, hinchada y amenazante. Continuando con la pierna izquierda hacia arriba, en espiral, habrían visto en la parte alta de la pantorrilla una extraña dureza y más manchas rojizas y, sobre la rodilla, en la parte interior, una extraordina-

ria superficie amoratada, una gran sucesión de contusiones. La pierna derecha estaría magullada de manera asombrosa por encima y por debajo de la rodilla, y especialmente en la parte interior de esta. Podríamos seguir con más detalles. Cualquier investigador, entusiasmado por estos descubrimientos, quizás hubiera continuado el reconocimiento y hubiera encontrado además cardenales en los hombros, los codos, y hasta en las articulaciones de los dedos. Nuestro hombre tenía verdaderamente un número considerable de golpes e hinchazones en todo el cuerpo. Pero para el banquete de descripción realista que nos hemos propuesto ya hemos mostrado suficiente. Hasta en la literatura hay que saber establecer ciertos límites.

Quizás ahora el lector se pregunte cómo es posible que un respetable joven dependiente de un comercio tenga las piernas, y en realidad todo su cuerpo, en unas condiciones tan deplorables. Una de las causas podría ser la de haberse sentado con las extremidades inferiores sobre alguna compleja máquina, como una trilladora o una de esas furiosas segadoras de heno. Pero Sherlock Holmes (muerto feliz y decentemente tras una gloriosa carrera) no habría pensado nada de todo eso. Habría reconocido al momento que las magulladuras en la parte interna de la pierna derecha, teniendo en cuenta la distribución de las demás contusiones y cardenales, eran señales inequívocas de impactos violentos típicos de un ciclista inexperto sobre el sillín de una bicicleta, y que el estado ruinoso de la rodilla derecha era además señal elocuente de sacudidas violentas, consecuencia directa de un descenso apresurado que probablemente no tuvo razón de ser y cuyo final fue un rotundo fracaso. El cardenal de la tibia es aún más característico del aprendiz de bicicleta, porque recibe la inesperada broma del pedal. Tan solo traten ustedes de pasar su bicicleta

de forma relajada; cuando menos se lo esperen, ¡zas!, recibirán un golpe en la espinilla. Y es así como pasamos de la inocencia a la madurez. Dos cardenales en ese lugar indican cierta falta de aptitud para aprender, como pudiera esperarse de una persona que no estuviese acostumbrada al ejercicio muscular. Las ampollas en las manos dejan en evidencia los nerviosos agarres del ciclista inexperto. Y así sucesivamente, hasta que Sherlock explicase, gracias a las lesiones menores, que la bicicleta de nuestro hombre es bastante antigua, tiene unas cubiertas de taco desgastadas en la parte trasera, y pesa un total de veinte kilos.

Y hasta aquí nuestra revelación. Tras la figura decorosa del atento dependiente emerge una imagen de lucha nocturna, una imagen compuesta por dos figuras opacas y una bicicleta en una calle oscura, la calle que une Roehampton con Putney Hill, para ser más exactos, y escuchamos el sonido de unos pasos sobre la grava, un gruñido y a alguien que grita «¡Tuerce, hombre, tuerce!». Intuimos un trayecto impreciso, un repentino giro del misil constituido por un hombre y una bicicleta y, finalmente, una colisión. Entonces vislumbraríamos, al atardecer, al personaje principal de esta historia sentado en un lado del camino, frotándose la pierna por un nuevo sitio y a su amigo, apenas afectado por lo sucedido, arreglando solidariamente el manillar de la bicicleta.

La fuerza viril se muestra incluso en un dependiente de una tienda impelido contra todas las condiciones de su vocación, contra todo consejo prudente y contra las restricciones de sus medios, que busca las saludables delicias del ejercicio, del peligro y del dolor. Y nuestro primer examen del comerciante de telas revela bajo su vestimenta... ¡al hombre! A este hecho, entre otros, volveremos al final de esta historia.